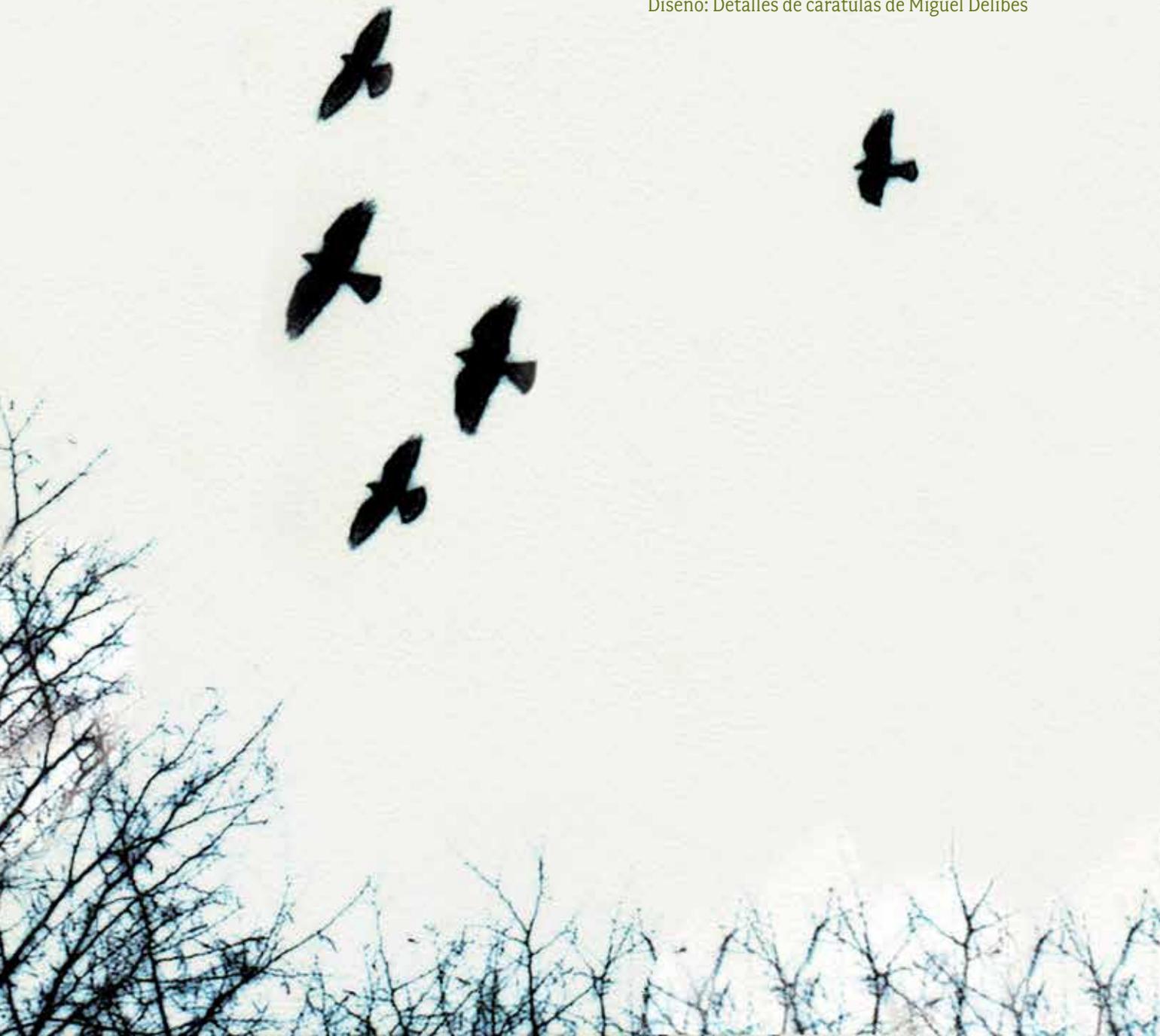


# LA SOMBRA DE MIGUEL DELIBES ES ALARGADA

JUAN CARLOS ORREGO ARISMENDI

Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia

Diseño: Detalles de carátulas de Miguel Delibes





## I

Miguel Delibes Setién nació en Valladolid hace cien años: el 17 de octubre de 1920. Su carrera literaria empezó nada más salir de la adolescencia, según deja ver la prueba más temprana que hoy se conoce: el poema ilustrado “La bruja Leopoldina”, escrito y dibujado en junio de 1939, cuando, a los 18 años, el autor entretenía sus largas jornadas en el crucero *Canarias*, baluarte del bando sublevado en su lucha contra la Segunda República. Delibes, católico visceral, se unió como voluntario a los golpistas, pero con el paso de los años acabó asumiendo posiciones críticas. Su segunda novela, *Aún es de día* (1949), no gustó del todo a la censura franquista, quizá inconforme con las estampas realistas de una España devastada por la guerra civil. Como quiera que sea, el descontento de Delibes con el proyecto nacionalista se hizo patente en *Cinco horas con Mario* (1966), una de sus novelas más celebradas, y en la cual una viuda —acaso la grotesca alegoría de una sociedad fascistoide e hipócrita— se queja, a lo largo de 27 capítulos, junto al féretro de su marido librepensador; se queja de él y de sus ideales igualitarios, pero, en buena parte, como un medio para encubrir su propia inmoralidad. Las palabras postreras que Carmen dirige al cadáver de su marido son reveladoras: “para mí el que me perdone es cuestión de vida o muerte”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Miguel Delibes, *Cinco horas con Mario*. Madrid: El Mundo/Bibliotex, 2001, p. 184.

La primera novela publicada por Delibes fue *La sombra del ciprés es alargada* (1948), obra que, acaso sin merecerlo del todo, recibió el Premio Nadal de 1947, y a la que el periódico español *El Mundo* incluyó en la lista de las 100 mejores novelas en lengua castellana publicadas en el siglo xx. Se trata de una trama conformada por dos partes desiguales: la primera, bastante lograda, narra la estadía del niño Pedro en la casa del preceptor Mateo Lesmes, en Ávila, en un lánguido y mortecino ambiente en el que el único consuelo es su amistad con Alfredo, igualmente interno en la vivienda del maestro. El escenario majestuoso y yerto de la ciudad amurallada resulta ser el más afín con la que será una historia triste, toda vez que Alfredo, asediado por la estación fría y el abandono de su madre, muere ahogado en una tos sanguinolenta. Esto sume a Pedro en una idea pesimista sobre la existencia humana, y con ese fardo carga de adulto, cuando, en cumplimiento de los sueños de su amigo, se hace marinero. De eso se ocupa la segunda parte, cuya desmesura es palpable: en medio del mar, Pedro conoce a Jane, una joven estadounidense que, con un puñado de amigos, navegaba a la deriva en un barco sin control. La relación entre ambos se desarrolla hasta cruzar el umbral del matrimonio, para lo cual Pedro debe dejar a un lado su escepticismo irredento. Algún día, a bordo del *Antracita*, el marinero regresa ilusionado a Providence, donde lo espera Jane, a la sazón embarazada. Sin embargo, en un desenlace patético, la muchacha pierde la vida en un accidente portuario, ante los ojos de Pedro, quien, impotente, contempla la escena desde cubierta y, con ello, ve confirmados sus peores presagios.

Delibes llegó a decir, andando el tiempo, que prefería olvidar sus primeras dos novelas, y que consideraba a *El camino* (1950) como la piedra fundacional

de su obra narrativa. Tal parecer no deja de ser plausible, pues esa historia — la de Daniel, el Mochuelo, un niño que se aferra a sus recuerdos pueblerinos antes de viajar a la ciudad, donde hará el bachillerato— transcurre entre los montes desolados y las costumbres rústicas de Castilla la Vieja, región en la que se localiza buena parte —acaso la mejor— de la escritura de Delibes. No solo son esos campos los mismos en que tienen lugar las anécdotas y tragedias que conforman a novelas como *Diario de un cazador* (1955), *Las ratas* (1962) y *Los santos inocentes* (1981) —a las que puede sumarse “La mortaja” (1957), un cuento excepcional—, sino que se trata del mismo contexto al que se refieren los muchos escritos de Delibes sobre la caza menor, su segunda pasión —o la primera, según se mire— después de la literatura. Libros como *La caza de la perdiz roja* (1963), *Con la escopeta al hombro* (1970) y *Las perdices del domingo* (1981) son nada más que ejemplos caprichosos de una vigorosa y fructífera apuesta narrativa allende la ficción.

Situar en los cotos castellanos las obras que se antojan más representativas de Delibes, no significa, en ningún sentido, ofrecer una idea satisfactoria de su trabajo. Prolífico de manera excepcional, escribió todavía muchas otras novelas, colecciones de relatos y libros de crónicas y ensayos, obras temáticamente diversas y unificadas, tan solo, por su desinterés por la rumbosa vida madrileña, toda vez que, más allá del campo, fue Valladolid —o innombradas ciudades medianas que son su trasunto— el epicentro de sus argumentos. En cuanto a lo formal, esas obras no podrían ser más variopintas, según deja ver este incompleto *collage*: al monólogo frenético y culposo de *Cinco horas con Mario* —regodeado en los ritornelos, de la misma manera que la narración omnisciente de *La hoja roja* (1959)— se yuxtapone el largo diálogo entre un psiquiatra carcelario y su paciente, que es, casi exclusivamente, el texto de *Las guerras de nuestros antepasados* (1975). Otras novelas —*Diario de un cazador* y las que son su continuación— se estructuran como diarios personales, con sus asistemáticos apuntes en primera persona. Mientras tanto, *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* (1983) sitúa en el género epistolar la historia de un hombre y una mujer que, por vergüenza de su propia madurez, juegan a intercambiar las imágenes de una juventud perdida e, incluso, falsa. Antes, *Parábola del naufrago* (1969) había apostado por el expresionismo y la experimentación sintáctica. Pero quizá sea mucho más llamativa, por su singularidad dentro del conjunto, la última novela, *El hereje* (1998), la única entre una veintena de títulos que se afilia al clásico subgénero de la novela histórica, interesada como está en contar un drama anclado a la España del siglo XVI, sacudida por los efectos de la Reforma. Consecuencia de esa separación drástica entre el autor y los hechos narrados es que se

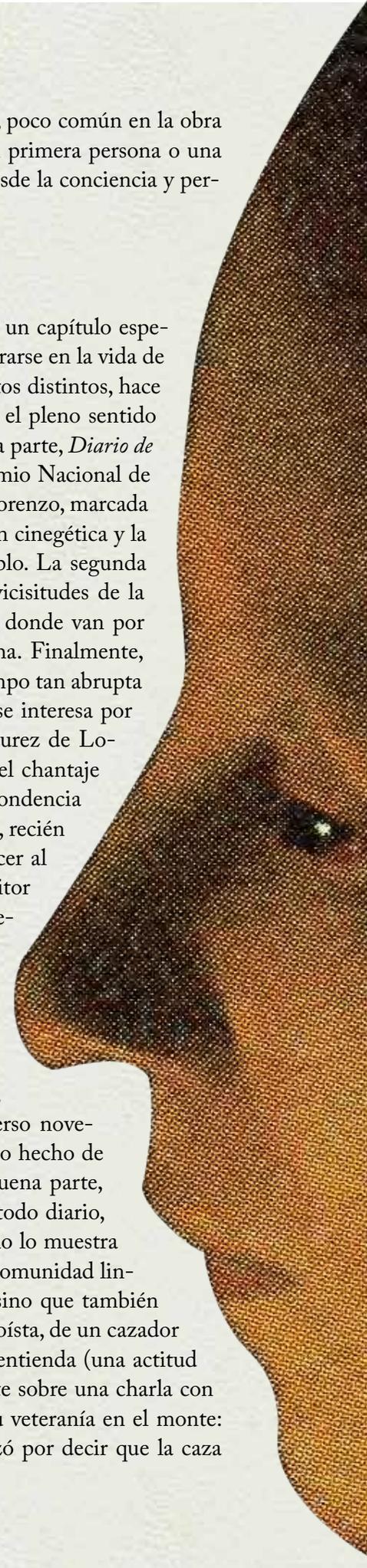


implemente una perspectiva omnisciente ortodoxa, poco común en la obra del vallisoletano, en la que domina la narración en primera persona o una narración que, aunque tercera, tiende a focalizar desde la conciencia y percepción de los personajes.

## II

La serie novelesca de los tres diarios constituye un capítulo especial en la narrativa de Delibes. Su objetivo de adentrarse en la vida de un mismo personaje —Lorenzo— en tres momentos distintos, hace que sean las únicas obras enlazadas del corpus: en el pleno sentido del término, la única *trilogía* de Delibes. La primera parte, *Diario de un cazador* —que, dicho sea de paso, recibió el Premio Nacional de Narrativa en 1955—, se ocupa de la juventud de Lorenzo, marcada sobre todo por dos hechos: el desfogue de su pasión cinegética y la conquista de Anita, la hija del buñuelero del pueblo. La segunda entrega, *Diario de un emigrante* (1958), narra las vicisitudes de la vida de Lorenzo y Anita en Santiago de Chile, a donde van por diez meses, convidados por un tío de la muchacha. Finalmente, *Diario de un jubilado* (1995), tras una brecha de tiempo tan abrupta como el tiempo real transcurrido entre los libros, se interesa por un episodio, a la vez cómico y sórdido, de la madurez de Lorenzo, quien, a escondidas de Anita, debe sortear el chantaje de una prostituta. Consciente de que había correspondencia generacional entre él y su personaje, Delibes reveló, recién aparecido el segundo diario, su proyecto de envejecer al lado de Lorenzo. De hecho, la enfermedad del escritor en la primera década del presente siglo —enfermedad que lo llevó a la muerte, ocurrida el 12 de marzo de 2010, en Valladolid— hizo que el proyecto de un cuarto diario quedara trunco. Iba a titularse *Diario de un artrítico reumatoide*.

Junto con Daniel, el Mochuelo —y, quizá, con el valeroso Cipriano Salcedo de *El hereje*—, Lorenzo es el personaje más entrañable del universo novelesco de Delibes. Pero esto, acaso, no se deba al solo hecho de que sea el protagonista de tres novelas, sino, en buena parte, a la manera como su voz llega al lector. Como en todo diario, Lorenzo se expresa con una naturalidad que no solo lo muestra como un ser de carne hueso, representante de una comunidad lingüística real —y no apenas de una imaginada—, sino que también se traduce, parcialmente, en la expresión cifrada, egoísta, de un cazador experto a quien no se le ocurre que alguien no lo entienda (una actitud que redundará a favor de su verosimilitud). El apunte sobre una charla con amigos deja ver tanto su fresca impudicia como su veteranía en el monte: “Me gibó por eso hoy Tochano en el café. Empezó por decir que la caza





es puntería y que todo lo demás son coplas y ganas de enredar las cosas. Al principio le tomé a cachondeo y le dije que había que distinguir, pero él se puso burro, que es su sistema, y volvió a insistir que con puntería se tiene todo. Le hice ver que en Castilla la caza de la perdiz es cuestión de piernas, en tanto que el conejo no es más que una costumbre. El mandria del Pepe se puso de su parte [...]. Le dije que colocase un tirador tísico en la ladera de Aniago a ver qué cosas hacía”<sup>2</sup>. Lo valioso es que ni el ambiente general de regocijo que recorre la historia, ni los tecnicismos cinegéticos, impiden a *Diario de un cazador* descender a las simas del buen dramatismo, como ocurre a propósito de la muerte del hijo de uno de los compañeros de caza de Lorenzo. Las elipsis propias del diario, así como la expresión directa de los sentimientos de quien lo lleva, arrastran al lector hacia la conmoción.

Ni *Diario de un emigrante* ni *Diario de un jubilado* poseen el equilibrio de información etnográfica, amenidad y drama de la primera novela, pues en ellas gana la intención humorística. La historia del viaje a Chile se concreta en un argumento reposado, ocupado casi exclusivamente por la graciosa tensión entre Lorenzo y el tío de su mujer, y salpicado con la nostalgia del primero por no poder cazar en los cotos de Castilla. El tercer diario, a su vez, es una intriga picaresca pero inocua, en la que el máximo valor es el carisma de Lorenzo, o, más exactamente, la complicidad que despierta en el lector por conocerlo de mucho tiempo atrás.

Una lógica estructural impide el juicio de que la serie padezca una degradación, pues las tres partes pueden traducirse como tres historias en inversión y, por eso, forzosamente complementarias: la del cazador activo, la del cazador inactivo y la del cazador cazado. Pero quizás el asunto sea, todavía, más sencillo: interesada en reflejar la vida corriente de un provinciano español de la mitad del siglo xx, la trilogía no podría ser otra cosa que una historia en declive, en tránsito pertinaz entre los días briosos de la juventud y el desairado e irónico balance del cierre de la vida.

### III

Cuando los lectores y la crítica daban como un hecho el silencio definitivo de Delibes, el escritor sorprendió a España y al mundo literario con *El hereje*, novela a la que, incluso, se le concedió el Premio Nacional de Narrativa en 1999. En ningún sentido se trató, con este galardón, de rendir un homenaje de última hora a una vieja gloria literaria: la novela es del todo autosuficiente, plena de vigor y tensión narrativos, proporcionada e impecablemente documentada, sin que por eso llegue a desdecirse como ficción. Cuenta la historia de la conversión al luteranismo de Cipriano Salcedo, un rico comerciante vallisoletano del

<sup>2</sup> Miguel Delibes, *Cartas de un cazador*. Barcelona: Destino, 2010, pp. 99-100.



siglo XVI a quien no gustan ni el dogmatismo ritual ni la corrupción del clero español. Perseguido y condenado por el Santo Oficio, Salcedo, henchido de su bondad ingénita y de su integridad, renuncia a aceptar *in extremis* el imperio del catolicismo romano —profesión de fe que, al menos, le habría deparado una muerte piadosa—, todo con el fin de ser fiel a sí mismo al mismo tiempo que amable con el sacerdote que lo exhorta a un lado de la hoguera: “Creo en Nuestro Señor Jesucristo y en la Iglesia que lo representa”<sup>3</sup>, declara el reo, plenamente consciente de la ambigüedad de la fórmula.

<sup>3</sup> Miguel Delibes, *El hereje*.  
Barcelona: Destino, 2010, p. 421.



Como *Cinco horas con Mario* —radiografía feroz de la inmoralidad promovida por un régimen que el mismo autor ayudó a erigir—, *El hereje* muestra, una vez más, la capacidad autocrítica de Delibes. La fe católica que siempre profesó —en los últimos años, cuando ya no podía escribir, dijo que lo confortaba leer los Evangelios— no le impidió investigar y escribir sobre la perversión del catolicismo español en la época de marras. De paso, ese gran fresco histórico viene a ser, al final de su carrera literaria, algo así como un viaje a la semilla. Firmemente arraigado, como escritor, sobre el suelo vallisoletano, Delibes no había dedicado hasta entonces ninguna novela a la historia de la ciudad ni de la región castellana. Y ese viaje a la edad media del enclave —Valladolid habría sido fundada hacia el año 1072—, permite, con su imagen de los modos de vida, las costumbres y las fiebres de otro tiempo, ofrecer referencias significativas para las cosas del presente. Hasta el interés por la cacería se incluye en el inventario: el hombre que inicia a Salcedo en el luteranismo, Pedro Cazalla, le advierte sobre la inexistencia del purgatorio mientras ambos, tras un árbol, acechan a los pájaros del monte de La Gallarita.

“Fui presente yo, Julián Acebes, escribano”<sup>4</sup>, son las últimas palabras de *El hereje*. Con la misma contundencia de esa certificación, la novela pone término al trabajo creativo de su autor.

<sup>4</sup>Ibid., p. 424



#### IV

La obra literaria de Miguel Delibes cubre, como la sombra larga de un gran árbol, la segunda mitad del siglo xx. Sin embargo, incluso así, no alcanza a ser vista como una oportunidad para el lector contemporáneo: en el mejor de los casos, se la ve como un reto gris, o al menos es así para el lector americano. Las generaciones lectoras que se formaron a partir de la segunda mitad del siglo xx, encandiladas por los brillos culturales estadounidenses, asumieron una posición en exceso reticente frente a la literatura española; una reticencia feroz que ni siquiera conocieron los intelectuales criollos después de la Independencia, y tanto es así que, en nuestros días, el mismo *Quijote* se antoja apenas como un adorno lujoso de sala de recibo. Y si eso ocurre con el padre, se adivinará lo que pasa —o no pasa— con sus vástagos castellanos. ■